

LA CORRIENTE EN LOS ASUNTOS DE LOS HOMBRES*

Milton Friedman
Rose D. Friedman

*There is a tide in the affairs of men
Which, taken at the flood, leads on to fortune;
Omitted, all the voyage of their life
Is bound in shallows and in miseries.*

Shakespeare, *Julius Caesar*

La imagen de Shakespeare es un texto apto para nuestro ensayo. Existen corrientes poderosas en los asuntos de los hombres, representados por la entidad colectiva que denominamos sociedad, de la misma manera que en los asuntos de cada individuo. Las corrientes en los asuntos de la sociedad tardan en manifestarse, de la misma manera que una corriente comienza a dejar atrás a su predecesora. Cada corriente dura mucho tiempo -décadas, no horas- una vez que comienza a surgir y deja su marca en su sucesora aun después de retirarse.

De qué manera las corrientes comienzan a desarrollarse en las mentes de los hombres, se extienden al manejo de los asuntos públicos, a menudo generan su propio fin y dejan paso a otra corriente, todo esto constituye un tema insuficientemente explorado por los historiadores, economistas y otros científicos sociales¹.

El objetivo de este ensayo es modesto: presentar una hipótesis que se ha tornado cada vez más razonable para nosotros a medida que pasan los años, ilustrarla con ejemplos de los últimos tres siglos y analizar algunas de sus implicancias. La hipótesis es la siguiente: un cambio importante en la política social y económica está precedido por un cambio en el clima de la *opinión* intelectual, generado, al menos en parte, por circunstancias sociales, políticas y económicas contemporáneas. Este cambio puede comenzar en un país pero, si es duradero, termina por difundirse en todo el mundo. Al principio tendrá poco efecto en la política social y económica. Después de un intervalo, a veces de décadas, una corriente intelectual “tomada en su punto culminante” se extenderá al principio gradualmente, luego con más rapidez, al público en general y a través de la presión pública sobre el gobierno

* Tomado de *Thinking about America*. Publicado con la autorización de los autores y de Hoover Institution (Stanford University).

¹ Un estudioso de la ley constitucional británica ha escrito el libro más claro sobre el tema: A. V. Dicey, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*, 2da. ed., Londres, Macmillan, 1914.

afectará las medidas económicas, sociales y políticas. A medida que la corriente de *acontecimientos* alcanza su punto culminante, la corriente intelectual comienza a disminuir, compensada por lo que A. V. Dicey denomina las contracorrientes de opinión, que representan generalmente una reacción a las consecuencias prácticas atribuidas a la corriente intelectual anterior. Las promesas tienden a ser utópicas. Nunca se cumplen, y por lo tanto desilusionan. Los protagonistas iniciales de la corriente de pensamiento desaparecen y la calidad intelectual de sus seguidores y partidarios disminuye en forma inevitable. Hacen falta independencia y coraje intelectuales para iniciar una contracorriente que domine la opinión, y también, aunque en menor medida, para unirse a la causa. Los jóvenes emprendedores, independientes y valientes buscan nuevos territorios para conquistar y ello requiere explorar lo nuevo y lo no probado. Las contracorrientes que juntan sus fuerzas ponen en movimiento la próxima marejada, y el proceso se repite.

No es necesario mencionar que este esquema está demasiado simplificado y excesivamente formalizado. En particular, omite cualquier análisis de una interacción sutil mutua entre la opinión intelectual, la opinión pública y el curso de los acontecimientos. Siempre se dan cambios graduales en las políticas y en los acuerdos institucionales. Sin embargo, los cambios importantes rara vez ocurren, excepto en los tiempos de crisis, cuando, utilizando la frase evocadora de Richard Weaver, "las ideas tienen consecuencias". La corriente de pensamiento llega al público por medio de intelectuales de diversas profesiones: maestros y predicadores, periodistas de la prensa escrita o de la televisión, eruditos y políticos. El público comienza a reaccionar a esta crisis de acuerdo con las opciones que los intelectuales han explorado, opciones que limitan en forma eficaz las alternativas abiertas a los poderes existentes. En casi toda corriente una crisis se identifica como el catalizador de un cambio importante en la dirección de la política.

Ilustraremos la aplicabilidad de nuestra hipótesis con las dos últimas corrientes producidas, así como también con la corriente que está sobreviniendo, tal como mencionamos en el título del capítulo final de *Free to Choose*.²

El surgimiento del laissez-faire (la corriente de Adam Smith)

La primera corriente que analizamos comienza en Escocia en el siglo XVIII, con la reacción contra el mercantilismo expresada en los escritos de David Hume, en la *Theory of Moral Sentiments* de Adam Smith (1759), y sobre todo en *The Wealth of Nations*, también de Adam Smith (1776).

² Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Free to Choose*, New York y Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1980, p. 283.

The Wealth of Nations se considera en forma unánime y con justicia, como la piedra fundamental de la economía científica moderna. Su fuerza normativa y su influencia sobre el mundo intelectual revisten gran importancia para nuestro objetivo actual. Su rápida influencia sobre la comunidad intelectual reflejó, sin duda alguna, las semillas plantadas por Hume y otros -las contracorrientes intelectuales de la corriente mercantilista-, así como también las primeras etapas de la Revolución Industrial.

Del otro lado del Atlántico, el año 1776 también fue testigo de la proclamación de la Declaración de la Independencia, en varios aspectos el gemelo político de la economía de Smith. La obra de Smith fue rápida y generalmente aceptada por los Padres Fundadores. Alexander Hamilton documentó ese fenómeno en forma indirecta en su *Report on Manufactures* de 1791. Citó a Smith extensamente y le dedicó grandes elogios mientras que, al mismo tiempo, consagró esencialmente su informe al afirmar que sus doctrinas no eran aplicables a los Estados Unidos, país que no necesitaba un mercado libre internacional sino la protección de sus industrias nacientes por medio de aranceles (un ejemplo del homenaje que el vicio, aun el vicio intelectual, rinde a la virtud).

Smith no se hacía ilusiones acerca del impacto de sus ideas intelectuales sobre la política pública: “Esperar que la libertad de comercio se restituya completamente en Gran Bretaña, es tan absurdo como esperar que se establezcan alguna vez allí una Oceana o una Utopía. Se oponen irresistiblemente a ella no sólo los prejuicios del público, sino, lo que es mucho más inconquistable, los intereses privados de muchos individuos”.³

Su predicción resultó ser falsa. A comienzos del siglo XIX las ideas del *laissez-faire*, de la operación de la mano invisible, de la indeseabilidad de la intervención del estado en los asuntos económicos, habían recorrido primero el mundo intelectual y luego el ámbito político. Bentham, Ricardo, James Mill y John Stuart Mill se ocuparon activamente de difundir estas ideas y de promoverlas políticamente. Maria Edgeworth escribía novelas basadas en la economía ricardiana. Cobden y Bright llevaban a cabo campañas en favor de la derogación de las leyes de granos. Fortalecidas por las presiones originadas en la Revolución Industrial, estas ideas comenzaron a influir sobre la política, aunque el proceso estaba demorado por las guerras napoleónicas, que traían aparejadas la elevación del gasto público y las restricciones sobre el comercio internacional. Sin embargo, las guerras también proporcionaron la crisis catalítica necesaria.

La derogación de las leyes de granos en 1846 se considera generalmente como el triunfo final de Smith luego de una demora de 70 años. En realidad, algunas reducciones en las barreras comerciales habían tenido lugar mucho antes, y muchos artículos no agrícolas continuaron protegidos por los aranceles hasta 1874. De allí en más sólo se conservaron los impuestos arancelarios de artículos tales como bebidas alcohólicas, vino, cerveza y tabaco,

³ Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Cannan, 5a ed., Londres, Methuen, 1930, volumen 4, cap. 2, p. 435.

contrarrestados por impuestos al consumo sobre productos de competencia interna. Por lo tanto, la elaboración de una respuesta a Adam Smith llevó aproximadamente un siglo.

Los otros países de Europa y los Estados Unidos no siguieron la iniciativa británica de establecer el libre comercio de mercaderías. Sin embargo, durante la mayor parte del siglo, las retenciones norteamericanas sobre las importaciones fueron principalmente para las rentas, aunque la protección tuvo un papel significativo, tal como lo atestiguan los rencorosos debates políticos, particularmente entre el Norte y el Sur. Con excepción de unos pocos años luego de la guerra de 1812, las aduanas proporcionaron entre el 90 y el 100 por ciento del total de los ingresos federales hasta la Guerra Civil. Y, con excepción de unos pocos años durante y después de la guerra, las aduanas proporcionaron la mitad o más de los ingresos federales hasta la guerra española-norteamericana a fines de siglo.

Las barreras no arancelarias tales como las contribuciones eran inexistentes. El movimiento de personas y de capital casi no tenía impedimentos. En los Estados Unidos, especialmente, la inmigración era libre. En Europa, antes de la Primera Guerra Mundial, “el habitante de Londres”, de acuerdo con las palabras elocuentes de Maynard Keynes, “tenía garantizados [...] medios de transporte económicos y cómodos a cualquier país o clima sin pasaporte u otra formalidad [...] y podía [...] dirigirse al extranjero, sin conocimiento de la religión, del idioma, o de las costumbres [...] y se sentiría muy afligido y sorprendido por la menor interferencia”.⁴

El éxito de Hamilton en lograr la legislación proteccionista en los Estados Unidos refleja la ausencia de un compromiso ideológico efectivo por parte de los políticos para evitar la intervención del gobierno en la actividad económica, a pesar de la corriente intelectual iniciada por Adam Smith, los fisiócratas franceses y sus seguidores. Sin embargo, las fuertes convicciones acerca de los derechos de los estados indicaban que éstos, y no el gobierno federal, desempeñaban un papel importante. Muchos estados establecieron bancos estatales, construyeron canales e iniciaron otras empresas comerciales. La crisis catalítica que produjo un cambio drástico fue el pánico de 1837, durante el cual muchas, quizá la mayoría, de las empresas del estado se declararon en quiebra. Este pánico desacreditó a las empresas del estado de la misma manera que lo hizo la Gran Depresión aproximadamente un siglo más tarde con la empresa privada.

Como resultado, las ideas de Adam Smith ofrecieron tanto una explicación como una opción alternativa obvia; sin considerar los aranceles, el *laissez-faire* casi total y el no intervencionismo reinaron durante el siglo siguiente.

No es fácil medir el papel que desempeña el gobierno en la economía. Una medida muy útil, aunque reconocida como imperfecta, es la relación del gasto público con el ingreso nacional. En el punto culminante del *laissez-faire*, el gasto gubernamental en tiempos de

⁴ J. M. Keynes, *Economic Consequences of the Peace*, Londres, Macmillan, 1919, pp. 6, 7, 9.

paz fue inferior al 10 por ciento del ingreso nacional, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña. Dos tercios del gasto de los EE.UU. correspondieron a los gobiernos estatales y locales, y aproximadamente la mitad, a la educación; el gasto federal fue generalmente inferior al 3 por ciento del ingreso nacional, y la mitad correspondió a las fuerzas armadas.

Un ejemplo llamativo del impacto mundial que produjo la corriente de Adam Smith -esta vez en la práctica, no en las ideas- lo proporciona el Japón posterior a Meiji. Durante siglos antes de la Restauración Meiji en 1867, el Japón había estado casi completamente aislado del mundo occidental. Los nuevos gobernantes no tenían una comprensión ideológica, y menos aun un compromiso, con respecto al *laissez-faire*. Por lo contrario, daban poco valor a la libertad individual, política o económica. Su objetivo dominante era simplemente fortalecer el poder y la gloria de su país.

Sin embargo, cuando los gobernantes Meiji irrumpieron en el mundo occidental, en el cual el *laissez-faire* británico era la economía dominante, simplemente dieron por hecho que la política británica era la que debían imitar. De ninguna manera ofrecieron completa libertad económica y política a sus ciudadanos, pero transitaron un largo camino, con resultados espectaculares y sumamente favorables.⁵

La ausencia de un amplio apuntalamiento ideológico de estas políticas ayuda a entender su falta de fuerza. Luego de la Primera Guerra Mundial, el Japón sucumbió al control centralizado de una dictadura militar, una política que condujo al estancamiento económico, a la improvisación militar y finalmente a la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial en favor de los nazis.

En una escala más amplia, la corriente que tuvo lugar en el siglo XIX originó una mayor libertad, política y económica: más derechos y un estándar de vida más elevado para los individuos complementaron un mayor comercio internacional y el contacto humano. El siglo XIX fue proclamado como el siglo de la paz, pero esto es exagerado. La corriente no impidió la guerra civil norteamericana, la guerra de Crimea, la guerra franco-prusiana u otros conflictos internos. Pero no hubo mayores conflictos entre 1815 y 1914 en comparación con las guerras napoleónicas de los años anteriores o las guerras mundiales de los años siguientes.

A pesar de ocasionales pánicos y crisis financieras, Gran Bretaña y los Estados Unidos experimentaron un notable crecimiento económico durante el siglo XIX. Los Estados Unidos, en particular, se convirtieron en la meca para los pobres de todos los países. Todo esto se asoció con la creciente adopción del *laissez-faire* como el principio rector de la política gubernamental y muchos, incluso nosotros, dirían que fue el resultado de ella.

⁵ Véase Friedman y Friedman, *Free to Choose*, pp. 59, 61-62

El surgimiento del estado benefactor (la corriente fabiana)

Este notable progreso no impidió que la corriente intelectual se apartara del individualismo y se volcara hacia el colectivismo. En realidad, sin duda contribuyó a ello. De acuerdo con Dicey, “desde 1848 en adelante se percibe una alteración en la atmósfera intelectual y moral de Inglaterra”⁶. El punto culminante, cuando el colectivismo comenzó a dominar la opinión intelectual, tuvo lugar algunas décadas más tarde. La fundación de la Sociedad Fabiana, dedicada al establecimiento gradual del socialismo, por George Bernard Shaw, Sidney Webb y otros en 1883 es quizá la mejor fecha divisoria para Gran Bretaña. Una fecha comparable en el caso de los Estados Unidos es 1885, cuando la Asociación Norteamericana de Economía fue fundada por un grupo de economistas jóvenes que habían vuelto de estudiar en Alemania imbuidos de ideas socialistas que esperaban difundir a través de la asociación, un deseo que se frustró totalmente cuando la Asociación adoptó una política de “no partidismo y no adopción de compromisos oficiales sobre cuestiones económicas prácticas y temas políticos”.⁷ Prueba de ello es la publicación en 1888 de la novela utópica de Edward Bellamy, *Looking Backwards*, de la cual se vendieron más de un millón de ejemplares.

¿Cómo podemos explicar este cambio en la corriente intelectual cuando las dificultades crecientes de las políticas del *laissez-faire* habían sido superadas y se habían alcanzado impresionantes logros positivos? Dicey proporciona una respuesta indirecta:

El efecto beneficioso de la intervención del estado, especialmente en forma de legislación, es directo, inmediato, y, por así decirlo, visible, mientras que sus efectos perjudiciales son graduales e indirectos, y no están a la vista [...] pocos son los que reconocen la innegable verdad de que la ayuda del estado destruye el esfuerzo propio. Por lo tanto la mayor parte de la humanidad casi necesariamente presta una estimación indebida a la intervención gubernamental. Esta inclinación natural puede ser contrarrestada sólo por la existencia [...], como en Inglaterra entre 1830 y 1860, de una presunción o prejuicio en favor de la libertad individual, es decir del *laissez-faire*. La mera disminución, por lo tanto, de la fe en el esfuerzo propio [...] es suficiente para explicar el crecimiento de la legislación que tiende al socialismo.⁸

Una respuesta más directa consiste en que dos efectos del éxito del *laissez-faire* originaron una reacción. En primer lugar, el éxito hizo que los males residuales se destacaran

⁶ Dicey, *Law and Public Opinion*, p. 245.

⁷ A. W. Coats, “The American Economic Association and the Economics Profession”, *Journal of Economic Literature* 23 (diciembre de 1985): 1702.

⁸ Dicey, *Law and Public Opinion*, pp. 257-58.

agudamente, animando así a los reformadores a presionar para lograr soluciones gubernamentales y haciendo que el público estuviera en favor de sus pedidos. En segundo lugar, se tornó más razonable prever que el gobierno atacaría eficazmente los males residuales. Un gobierno muy limitado puede ofrecer pocos favores; por lo tanto, casi no hay incentivo para corromper a los funcionarios gubernamentales, y el servicio gubernamental tiene escasos atractivos para las personas que se interesan sobre todo en su enriquecimiento personal. El gobierno se ocupó, en primer lugar, de hacer cumplir las leyes contra el homicidio, robo, y otros delitos y de proporcionar servicios municipales tales como policía local y protección contra incendios, actividades que tuvieron el apoyo casi unánime de la ciudadanía. Por esta y otras razones, Gran Bretaña, que logró un *laissez-faire* completo, se hizo famosa a fines del siglo XIX, y a comienzos del XX por su administración pública incorruptible y por la observancia de la ley por parte de los ciudadanos, precisamente lo opuesto a lo que ocurría un siglo atrás. En los Estados Unidos ni la calidad de la administración pública ni el respeto por la ley lograron alcanzar los niveles obtenidos en Gran Bretaña, pero ambos mejoraron durante el transcurso del siglo.

Cualesquiera fueran las razones, el socialismo fabiano se convirtió en la corriente intelectual dominante en Gran Bretaña, desplazando por un lado al marxismo radical y por el otro, al *laissez-faire*. Gradualmente la corriente intelectual llegó a dominar primero la opinión pública y luego la política gubernamental. La Primera Guerra Mundial aceleró el proceso, pero ya estaba en marcha antes de la guerra, tal como lo demuestra Dicey en sus observaciones prescientes en el prefacio de 1914 de la segunda edición de *Law and Public Opinion*:

Aproximadamente en 1900, la doctrina del *laissez-faire*, a pesar de las grandes verdades que contiene, casi había perdido su influencia sobre el pueblo inglés. También por esa misma época, era evidente para cualquier observador imparcial que los sentimientos u opiniones que habían dado fuerza al colectivismo continuarían afectando la legislación del siglo XX tanto como ya lo habían hecho con la última legislación del siglo XIX [...] y esta conclusión naturalmente sería confirmada por el hecho de que en la esfera de las finanzas había tenido lugar un resurgimiento de la creencia en los aranceles proteccionistas, luego conocidos como demanda del “comercio justo” (¡ecos de 1987!)

Dicey confecciona una lista de “las leyes que ilustran más directamente el progreso del colectivismo”, desde comienzos del siglo XX, comenzando con la ley de jubilación de 1908. Con respecto a una ley posterior (la ley de deficiencia mental, 1913), afirma que “es el primer paso a lo largo de un camino en el cual ningún hombre sensato puede negarse a entrar, pero que, si se sigue hasta muy lejos, conducirá a los gobernantes a través de problemas difíciles de enfrentar sin una interferencia considerable con la libertad individual”.⁹

⁹ Ibid., pp. xxxi, xxxii, xxxiii, li.

Evidentemente, se habían sembrado las semillas de las cuales surgió en toda su plenitud, en Gran Bretaña, el estado benefactor, al principio, lentamente, en el período entre las guerras, y luego con una eclosión final después de la Segunda Guerra Mundial, marcada quizá por la adopción del Servicio Nacional de Salud y el conjunto de medidas recomendadas en el informe Beveridge.

En los Estados Unidos, el desarrollo fue similar, aunque quizás algo demorado. Luego del éxito popular de la fantasía utópica de Bellamy llegó la era de los descubridores de escándalos, encabezada por Lincoln Steffens. Ray Stannard Baker e Ida M. Tarbell, con sus denuncias acerca de supuesta corrupción y malversación en el gobierno municipal, la meno de obra y los trusts. Upton Sinclair utilizó la novela para promover ideas socialistas; la más exitosa fue *The Jungle* (1906), resultado de un encargo de un diario socialista para que se investigaran las condiciones en los corrales de ganado de Chicago. Sinclair escribió su novela para despertar simpatía hacia los trabajadores, pero hizo mucho más que eso: provocó indignación hacia las condiciones insalubres en las cuales era procesada la carne. En un nivel diferente Louis Dembitz Brandeis criticó a la comunidad financiera. Su volumen de ensayos, *Other People's Money and How Bankers Use It* (1914), ha sido descrito como “un ataque frontal al monopolio y a los directorios relacionados”.¹⁰

“El Partido Populista, a través del cual William Jennings Bryan logró postularse para la presidencia en la fórmula de los demócratas en 1896, requirió no simplemente la regulación de los ferrocarril es sino también la posesión y operación total por parte del gobierno”.¹¹ A la Comisión Interestadual de Comercio, creada en 1887, le sucedió poco después la ley antitrust de Sherman de 1890 y más tarde la ley de alimentos y drogas de 1906, a la cual sirvió de catalizador la novela de Sinclair. El estado benefactor moderno estaba en marcha. La Primera Guerra Mundial amplió en gran medida el papel del gobierno, notablemente por la adquisición de los ferrocarriles. El período de posguerra trajo aparejado algo similar a una reacción, con la principal excepción de la prohibición.

En 1929 el gasto federal alcanzó sólo al 3,2 por ciento del ingreso nacional; un tercio de éste correspondió a las fuerzas armadas, incluyendo los beneficios otorgados a los veteranos, y la mitad correspondió a las fuerzas armadas más el interés de la deuda pública. El gasto local y del estado fue casi tres veces mayor (9% del ingreso nacional) y más de la mitad se destinó a la educación y a la construcción de carreteras. El gasto efectuado por los gobiernos locales, estatales y federales en lo que hoy se describe como subsidios, previsión social y bienestar alcanzó un total inferior al 1% del ingreso nacional. El mundo de las ideas era diferente.

¹⁰ *Encyclopaedia Britannica*, ed. 1970, s.v. “Brandeis, Louis Dembitz”.

¹¹ Friedman y Friedman, *Free to Choose*, p. 196.

En 1929 el socialismo era la ideología dominante en las universidades del país. “The New Republic” y “The Nation” eran los órganos de opinión favoritos de los intelectuales, y Norman Thomas su héroe político. Sin embargo, el impacto de la opinión en el mundo de la práctica había sido modesto hasta ese momento. El catalizador decisivo para un cambio fundamental fue, por supuesto, la Gran Depresión, que, correcta o incorrectamente, aniquiló la confianza del público en la empresa privada, haciendo que la intervención gubernamental se considerara como el único recurso eficaz en tiempos de crisis y el gobierno, como un benefactor potencial y no simplemente como un policía o árbitro.

El efecto fue espectacular. El gasto del gobierno federal se incrementó bruscamente a un 30% del ingreso nacional en la década del 80, o aproximadamente 10 veces el nivel alcanzado en 1929. El gasto local y estadual también aumentó, aunque de una manera mucho menos evidente, y entonces en la década del 80 el gasto total del gobierno fue superior al 40% del ingreso nacional. Y el gasto subestima el papel que el gobierno tenía que desempeñar. Muchas intrusiones en las vidas de las personas implican poco o ningún gasto: aranceles y contribuciones, controles de salarios y de precios, topes en las tasas de interés, límites locales sobre los alquileres, requisitos de zonificación, códigos de construcción, etcétera.

El impacto demorado del clima intelectual de los años 20 ilustra un aspecto de la influencia de la opinión intelectual, creando opciones para su adopción cuando ha llegado el momento. A pesar de la popularidad de Norman Thomas en la Universidad recibió menos del 1% de los votos populares para presidente en 1928 y sólo el 2% en 1932. No obstante, hemos llegado a la conclusión de que “el partido socialista fue el partido político más influyente en los Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo XX. [...] Casi todas las propuestas económicas de su plataforma presidencial de 1928 habían sido hasta este momento [1980] convertidas en leyes”.¹²

De la misma manera que la corriente anterior, la corriente fabiana se había difundido por todo el mundo. Contribuyó no menos al éxito de las revoluciones comunistas de Rusia y China que al estado benefactor en Gran Bretaña y al New Deal en los Estados Unidos. También explica ampliamente la adopción de la planificación centralizada en la India y en otras antiguas colonias británicas y europeas cuando obtuvieron la independencia. Una de las principales excepciones fue Hong Kong, una de las pocas posesiones coloniales británicas que permaneció bajo el control del Ministerio Colonial. Nunca se apartó de la corriente de Adam Smith y, como consecuencia, fue precursora de la corriente siguiente.

El resurgimiento de los mercados libres (la corriente de Hayek)

¹² *Ibíd.*, pp. 286, 287.

Así como había ocurrido con la corriente anterior, el mundo de las ideas comenzó a cambiar su rumbo al mismo tiempo que en el mundo de la práctica la corriente alcanzaba su punto máximo.¹³ Durante el predominio de las ideas socialistas habían existido, por supuesto, contracorrientes puestas en práctica en Gran Bretaña por G. K. Chesterton, Lionel Robbins, Friedrich Hayek y algunos de sus colegas en la Facultad de Ciencias Económicas de Londres; en Austria, por Ludwig von Mises y sus discípulos, y en los Estados Unidos por Albert Jay Nock, H. L. Mencken y otros autores populares; Henry Simons, Frank Knight y Jacob Viner en la Universidad de Chicago; y Gottfried Haberler y Joseph Schumpeter en Harvard, para mencionar sólo a algunos.

El libro *Road to Serfdom*, de Hayek, un best-seller sorpresa en Gran Bretaña y en los Estados Unidos en 1944, fue probablemente la primera incursión real en el punto de vista intelectual dominante. Sin embargo, el impacto de la contracorriente del mercado libre sobre la corriente dominante de la opinión intelectual, aunque perceptible para aquellos directamente involucrados, fue al principio insignificante. Aun para quienes promocionaron activamente los mercados libres en las décadas del 50 y del 60, es difícil recordar cuán firme y penetrante era el clima intelectual del momento.

Lo ocurrido con dos libros escritos por autores contemporáneos, ambos dirigidos al gran público y destinados a la promoción de las mismas políticas, pone de manifiesto de manera sorprendente el cambio en el clima de opinión. El primero de ellos, *Capitalism and Freedom*, publicado en 1962 y destinado a vender más de 400.000 ejemplares en los siguientes dieciocho años, no mereció en ese momento el comentario de ningún periódico norteamericano popular: *New York Times*, *Chicago Tribune*, *Newsweek*, *Time*. El segundo, *Free to Choose*, publicado en 1980, fue analizado (más de una vez) por cada una de las principales publicaciones periódicas y se convirtió en el libro mejor vendido del año en los Estados Unidos sin ser una obra de ficción, y tuvo acogida mundial.

Otra de las pruebas del cambio en el clima intelectual es la proliferación de centros de estudios que promocionaban ideas acerca del gobierno limitado y la confianza en los mercados libres. En una conversación reciente, Ed Feulner, presidente de la Fundación Heritage, pudo mencionar sólo cuatro que existieron tres décadas atrás: la Institución Hoover, aún existente; la Sociedad Intercolegiada de los Individualistas, que ha cambiado su nombre pero conservó sus iniciales; el Instituto de la Empresa Norteamericana, que estaba en sus comienzos, y el Centro para Estudios Internacionales y de Estrategia. Debería haber incluido la Fundación para la Educación Económica (FEE), de Leonard Read.

Por lo contrario, Feulner mencionó una gran cantidad de instituciones adicionales dedicadas a desarrollar y expandir la idea de gobierno limitado y mercados libres, además de un sinnúmero de otras que trataban de traducir las ideas a hechos. Lo mismo ocurrió con las

¹³ Esta sección se basa en parte en Milton Friedman, "Where Are We on the Road to Liberty?" *Reason* 19 N° 2 (junio de 1987): 31-33.

publicaciones. La publicación *The Freeman* de la FEE fue la única que él o nosotros podemos mencionar como promotora de las ideas de libertad hace treinta o cuarenta años. En la actualidad muchas publicaciones difunden estas ideas, pese a que difieren en áreas específicas: *The Freeman*, *National Review*, *Human Events*, *The American Spectator*, *Policy Review* y *Reason*. Incluso *New Republic* y *The Nation* ya no proponen constantemente la ortodoxia socialista, como lo hacían hace tres décadas.

¿Por qué este gran cambio en las actitudes públicas? El poder persuasivo de libros tales como *Road to Serfdom*, de Friedrich Hayek, *Fountainhead* y *Atlas Shrugged*, de Ayn Rand, nuestro propio *Capitalism and Freedom* y otros, llevó a la gente a encarar el problema de una manera diferente y a tomar conciencia de que el fracaso del gobierno era tan real como el fracaso del mercado. No obstante, conjeturamos que la extraordinaria fuerza de la experiencia fue la principal razón del cambio.

La experiencia redujo a cenizas la gran confianza que los colectivistas y socialistas habían depositado en Rusia y China. Ciertamente, la única esperanza en aquellos países proviene de movimientos recientes hacia el mercado libre. De manera similar, la experiencia hizo que disminuyeran, para decirlo moderadamente, las extravagantes esperanzas puestas en el socialismo fabiano y en el estado benefactor en Gran Bretaña y en el *New Deal* en los Estados Unidos. Un programa de gobierno después de otro, cada uno emprendido con la mejor de las intenciones, dio como resultado más problemas que soluciones.

Muy pocos en la actualidad consideran aún la nacionalización de empresas como un camino para promover una producción más eficiente. Muy pocos creen todavía que cada problema social puede solucionarse con la asignación de dinero del gobierno (es decir, del contribuyente). En estas áreas, las ideas liberales (según el significado original del siglo XIX del concepto “liberal”) han ganado la batalla. Los neoconservadores están en lo cierto al definirse como liberales (modernos) asaltados por la realidad. Aún conservan algunos de sus valores originarios pero han sido llevados a reconocer que no pueden lograrlos a través del gobierno.

En los Estados Unidos la guerra de Vietnam ayudó a socavar la confianza en la beneficencia gubernamental. Y, por sobre todas las cosas, tal como lo predijera Dicey hace 75 años, la creciente carga impositiva hizo que el público general reaccionara contra el crecimiento del gobierno y de su influencia cada vez mayor.¹⁴

Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña el respeto a la ley disminuyó en el siglo XX bajo el impacto de la creciente ingerencia gubernamental, reforzado firmemente por la

¹⁴ “Si se interrumpiera el progreso de la legislación socialista, la interrupción se debería, no tanto a la influencia de un pensador sino a cualquier hecho evidente que requiriera atención pública; como, por ejemplo, el incremento en el peso de los impuestos que aparentemente es el elemento concomitante, si no invariable, de la política socialista” (Dicey, *Law and Public Opinion*, p. 302 n)

prohibición en los Estados Unidos. El alcance cada vez mayor de los favores que los gobiernos podían otorgar condujo a un constante aumento en lo que los economistas llamaron “búsqueda de rentas” y a lo que el público se refiere como el *lobbying* de interés especial.

En todo el mundo, el contraste entre el estancamiento de aquellos países más pobres que se dedicaron a la planificación centralizada (la India, las ex colonias africanas, las naciones centroamericanas) y el rápido progreso de los pocos que siguieron un política de mercado libre (notablemente, los Cuatro Tigres del Lejano Este: Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur) reforzó firmemente la experiencia de los países avanzados del oeste.

Las ideas desempeñaron un papel muy importante, así como lo habían hecho en oportunidades anteriores, persuadiendo al público, pero, fundamentalmente, conservando las opciones abiertas, proporcionando políticas alternativas a adoptar cuando hubiera que efectuar cambios.

Así como en las dos corrientes anteriores, la práctica quedó rezagada con respecto a las ideas, de modo que Gran Bretaña y los Estados Unidos están más lejos del ideal de una sociedad libre de lo que estaban 30 a 40 años atrás en casi todos los aspectos. En 1950 el gasto de los gobiernos federal, estatales y locales de los EE.UU. fue del 25% del ingreso nacional; en 1985 fue del 44%. Durante los últimos 30 años se han creado un sinnúmero de organismos gubernamentales: un Departamento de Educación, una Fundación Nacional de Artes y otra para humanidades, EPA, OSHA, etcétera. Los funcionarios públicos en estos y muchos otros organismos adicionales deciden por nosotros qué es lo que más nos conviene.

Sin embargo, la práctica ha comenzado a cambiar. La crisis catalítica que incitó al cambio fue, a nuestro entender, la ola mundial de inflación durante la década de 1970, originada por el crecimiento monetario excesivamente amplio en los EE.UU. durante los años 60. Dicho episodio fue catalítico en dos aspectos: en primer lugar el estancamiento con inflación destruyó la credibilidad en la política fiscal y monetaria keynesiana y, en consecuencia, la capacidad del gobierno para adaptar correctamente la economía; en segundo lugar, puso en juego “la presión impositiva” de Dicey, ya que los ingresos de las personas empezaron a caer dentro de categorías de mayor carga tributaria, y el repudio implícito de la deuda gubernamental.

Ya en los años 70 se suprimió el servicio militar, se desregularizaron las líneas aéreas y se eliminó el reglamento Q, que ponía límite alas tasas de interés que los bancos podían pagar sobre los depósitos. En 1982, el Departamento de Aeronáutica Civil, que regía las aerolíneas, fue eliminado. A pesar de que el gasto público como parte del ingreso nacional continuaba en alza, la tasa de aumento había disminuido. No se aprobaron nuevos programas de gasto importantes desde 1981. El aumento en el gasto público no militar ha sido predominantemente el resultado de programas anteriores.

Como ya había ocurrido otras veces, las corrientes de opinión y de práctica se difundieron por todo el mundo. El rumbo de Gran Bretaña estaba más orientado hacia el colectivismo en comparación con los Estados Unidos y aún permanece más colectivista, con una mayor relación entre el gasto público y el ingreso nacional y una nacionalización de la industria mucho más amplia. Sin embargo, Gran Bretaña ha progresado mucho más con Margaret Thatcher que los Estados Unidos con Ronald Reagan.

También son notables los cambios en el mundo comunista. Aun allí era imposible reprimir todas las contracorrientes, como lo atestiguan de manera elocuente Solzhenitsyn, Sakharov y otros hombres y mujeres valientes. Pero, más allá de las contracorrientes, las reformas económicas en Hungría, Solidaridad en Polonia, la ampliación del recurso a los mercados en China, el discurso reformista actual en la Unión Soviética, todo ello se debe a la fuerza de los acontecimientos y las opciones que se mantuvieron abiertas por las ideas intelectuales, como también se deben a ello la elección de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en Occidente. Ciertamente, es dudoso que se permita que dichas reformas amenacen el poder de la élite política actual, pero ello no disminuye su valor como testimonio del poder de las ideas.

Un fenómeno instructivo e interesante es que la liberación del mercado ha sido igual o más encarnizadamente perseguida por gobiernos manifiestamente izquierdistas que por gobiernos ostensible-mente de derecha. Sin considerar los países comunistas, un ejemplo significativo es el giro en U en la política francesa ejecutado por Mitterrand, que fue socialista durante toda su vida. En Australia, un gobierno laborista reemplazó a un gobierno conservador, y luego se dedicó activamente a ampliar el papel del mercado. Nueva Zelanda, bajo un gobierno laborista, dirigido por David Lange, elegido por primera vez en 1984 y reelecto en 1987, ha ido más lejos que cualquier otro país en la eliminación de los controles gubernamentales y de la intervención económica.

Por lo contrario, Alemania, pese a que debe su espectacular recuperación posterior a la Segunda Guerra Mundial a las políticas de mercado libre de Ludwig Erhard, se ha apartado firmemente de aquéllas, primero durante una administración socialdemócrata y, más recientemente, bajo gobiernos conservadores. ¿Puede explicarse esta aberración por el hecho de que el cambio drástico hacia políticas de mercado libre fue principalmente el resultado de las acciones de un hombre (Erhard) y no de un cambio en la opinión pública?

Con todo, la fuerza de las ideas, propulsada por la presión de los acontecimientos, no respeta claramente la geografía, la ideología o el nombre de un partido.

Conclusión

Hemos analizado brevemente dos pares de corrientes, ya concluidas en el clima de opinión y en los “asuntos de los hombres” y un par aún en desarrollo. Cada corriente duró entre cincuenta y cien años. En primer lugar llegó la corriente en el clima de la opinión pública: hacia el mercado libre y el *laissez-faire*, desde, digamos, 1776 a 1883 en Gran Bretaña, 1776 a 1885 en los Estados Unidos; hacia el colectivismo desde 1883 a 1950 en Gran Bretaña, desde 1885 a 1970 en los Estados Unidos. Varias décadas después surgió la corriente en los “asuntos de los hombres”: hacia el *laissez-faire* desde, digamos, 1820 a 1900 en Gran Bretaña, 1840 a 1930 en los Estados Unidos; hacia el colectivismo desde, digamos, 1900 a 1978 en Gran Bretaña, 1930 a 1980 en los Estados Unidos. Por supuesto, éstas son sólo fechas aproximadas. Podrían fácilmente ubicarse una década antes o después.

Dos nuevos pares de corrientes se encuentran en la actualidad en su etapa de surgimiento: en la opinión pública, hacia una confianza renovada en los mercados y un gobierno más limitado, que comenzó alrededor del año 1950 en Gran Bretaña y en 1970 en los Estados Unidos; en la política oficial, que comenzó en 1978 en Gran Bretaña y en 1980 en los Estados Unidos y aun en forma más reciente en otros países.

Si tomamos como modelo las corrientes finalizadas, la corriente actual en la opinión se está acercando a su punto medio y en la política oficial aún se encuentra en su primera etapa. Por lo tanto, ambas están todavía en ascenso y el punto culminante, ciertamente con respecto a los asuntos, aún debe llegar.

Para aquellos que creen en una sociedad libre y en un papel del gobierno apenas limitado, ésta es una perspectiva optimista, si bien no hay razón para la complacencia. Nada es inevitable en el curso de la historia, aunque así pueda parecer al mirar hacia atrás. “Como vivimos en una sociedad muy libre, tendemos a olvidar cuán breve es el tiempo y cuán limitada aquella parte del mundo en la cual ha habido. Siempre algo parecido a la libertad política: el estado típico de la humanidad es la tiranía, la servidumbre y la miseria.”¹⁵

La corriente impulsora en los asuntos de los hombres que se encuentra en su primera etapa aún puede ser abortada, abrumada por una corriente renovada de colectivismo. El amplio papel del gobierno, aun en sociedades occidentales que se enorgullecen de formar parte del mundo libre, ha creado muchos intereses que resistirán firmemente la pérdida de los privilegios que han considerado como su derecho. Cada uno puede creer que lo que es bueno para uno es bueno para el país, y en consecuencia es capaz de justificar una excepción especial a una regla general con la que todos admitimos estar de acuerdo. Sin embargo, la lección de las dos corrientes anteriores es clara: una vez que se establece firmemente una corriente de opinión o de asuntos, tiende a destruir contracorrientes y continuar durante mucho tiempo en la misma dirección. Las corrientes son capaces de ignorar la geografía, las etiquetas políticas y otros obstáculos que se oponen a su desarrollo.

¹⁵ Milton Friedman, con la colaboración de Rose D. Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press, 1962, p. 9.

No obstante, vale también recordar que su mismo éxito tiende a crear condiciones que pueden, en última instancia, revertir su dirección.